BIBLIOTECA

Monumento Nacional. San José, Costa Rica. Foto Sport

Desde el fondo del pozo*

«Como disidente profesional no he cesado de proteger mi mente del embrutecimiento de la moda imperante. ¿Qué es aquello que no conviene o sobre lo que no se puede escribir en un determinado momento? Pues hay que escribir precisamente sobre eso». El que habla es Dávid Kobra, criatura literaria que esconde –pero al mismo tiempo revela, porque de ningún modo se trata de una máscara, sino más bien de un distanciamiento– al autor de este libro, el húngaro György Konrád (Ófalu, 1933), residente desde hace más de cincuenta años en la capital, Budapest, «como judío húngaro patriota (las palabras siguen siendo de Kobra/Konrád) y cosmopolita. Es decir, como un espectro».

Publicada en su idioma original en 1989, el año de la caída del muro de Berlín, la novela (que no es «una novela como Dios manda», ya que en ella «vivimos lo mismo que en la vida: no sabemos qué nos deparará el futuro», y «nos resistimos a... una mentalidad de ingeniero que planifica el destino de sus personajes») trae al jardín de la casa del autor, donde éste se sienta a escribir todos los días ante una mesa con tablero de lápida, a sus muertos, sus recuerdos y sus fantasmas.

Aparecen entonces, vinculados por una linealidad que no es la del «todo» narrativo (más bien, se trata de la linealidad interna de unos relatos parciales, fragmentos de una totalidad potencialmente mayor pero que nunca acaba de llegar a su término, aunque todos estos relatos se apoyen en los mismos personajes: especialmente Melinda, Antal Tombor y Janós Dragomán –un triángulo amoroso– y el propio Kobra, quien, por su parte, da voz propia a los tres anteriores, voces que monologan alternándose con la suya), una serie de sucesos obviamente centrales en la vida del autor, tales como la ocupación de Hungría por los nazis, la realidad infamante del gueto, los trenes de la muerte a Auschwitz, la posterior «liberación» soviética, los funcionarios gubernamentales estalinistas, la censura brutal de la obra de Konrád (y de tantas otros), las ejecuciones y los encarcelamientos, el levantamiento húngaro de 1956 y la intervención militar de la URSS, la subsiguiente emigración de decenas de miles de compatriotas y, por fin, las famosas medidas de «liberalización» de los ochenta que precedieron al colapso de los regímenes de Europa oriental y central.

«La novela es la forma total y todo el saber cabe en ella», dice el autor de estas páginas que además de constar de historias que compo-

* *György Konrád,* Una fiesta en el jardín, *traducción del húngaro por Adam Kovacsis, Alianza Editorial, Madrid, 2003, 632 pp.*

nen, a su modo, una historia, son una meditación sobre la forma novelesca en sí. De ahí el subtítulo: *Novela y diario de trabajo*, algo que por otra parte no se refiere, como podría esperarse, a dos territorios separados (justificadamente, Konrád odia toda clase de «fronteras», al habitar un país que desde finales de los años cuarente las cerró a cal y canto para sus ciudadanos), sino a una sutil síntesis de ambos, distintos aspectos del «saber» que, efectivamente, «cabe» dentro de la forma-novela. «Más que lineal –agrega el escritor–, el discurso es oscilante. La trama, una secuencia de frases y de párrafos. El resultado: una urbe novelesca. Un sistema abierto que dura hasta el final de mis días».

Diario de trabajo: aquí, en estas observaciones y apuntes dispersos a lo largo de todo el texto, se describe el método empleado para la construcción de la obra y el programa para otras en germen del autor y/o de otros novelistas. Por ejemplo (y con un innegable parentesco con la *Rayuela* cortazariana): «¿Existen diversos finales posibles? El lector cree al principio que el autor se ha vuelto loco; luego empieza a dudar y a crear su propia novela a partir de los elementos que la constituyen. Elegirá entre diferentes finales porque uno le gustará más que el otro. Juntará las secuencias que considere vinculadas. No nos imponemos al lector y éste escogerá a discreción de nuestro libro o calendario [...] Me encanta imaginar un libro con anillas cuyas hojas se pueden sacar y cambiar de orden según el gusto de cada uno».

De manera similar, se podría elegir entre distintos «comienzos», y así sería posible empezar a leer, digamos, desde el capitulo 4 (de un total de diez), «En el que Dávid Kobra recuerda algunos episodios del último año de la guerra», tal como reza literalmente su título. Entonces Kobra, o Konrád, tenía tan sólo once años, puesto que «nací el año en que el nacionalsocialismo accedió al poder. Me acostumbraré a la escasa credibilidad de las autoridades y a los temores de la ciudadanía. Desde mi infancia, los Estados me han discriminado y me han rechazado por judío, por burgués y por mis ideas. Carezco de libertad desde que tengo memoria. Es algo como la descalcificación de los huesos y de la dentadura».

¿Judío? «Durante años, los judíos húngaros se tranquilizaban diciéndose que ellos –instalados en pleno centro de la nueva Europa nacionalsocialista– no podían correr la misma suerte que los judíos polacos. Todos los judíos estaban ya registrados; la propia comunidad judía se encargó, por orden del secretario del Ayuntamiento, de elaborar las listas por calles y números. De este modo, los gendarmes lo tuvieron fácil a la hora de pasar casa por casa, siguiendo el listado, y sacar a todo el mundo a la calle al amanecer». Judío, sí, pero

incluso entre los judíos, el disidente, la «disidencia profesional».

¿Burgués? «También existía consenso respecto al carácter caduco del antiguo régimen [...] Los señores de antaño no eran ni inteligentes ni íntegros. Se adaptaron al nuevo poder [el del llamado «socialismo de Estado»] cuando el nuevo poder lo permitió. Considerábamos un síntoma de poco carácter identificarse en exceso con lo que una persona poseía, es decir, con aquello que podían quitarle». Sí, «burgués», pero un burgués para quien los conceptos de Marx servían para que el mundo pareciera «más fácil de ordenar», y que admiraba a Marx «como autor, quizá por su desenfado liberador», y en Marx, «a la bestia salvaje que se abría paso en la espesura» («Leyó dos veces el primer tomo de *El capital*, ese que por lo menos está bien escrito, y lo puso en la estantería entre los grandes escritores, cuya multiplicidad se convertiría en reflejo esplendoroso del politeísmo de Kobra...»).

En cuanto a lo de *mis ideas*, las naturalmente «disidentes» del autor, que penetran la novela desde la primera hasta la última línea y cuestionan el pensamiento dominante, sirve para aclarar, de paso, su concepción de aquel «libro con anillas» de unos órdenes intercambiables o aleatorios de lectura, y, por tanto, de los diversos sentidos posibles adjudicables a un texto. Porque «escribir no significa decir algo *acabado* [cursiva nuestra], sino tratar de agarrarse a las paredes desde la profundidad del pozo. Para mí, la literatura constituye una liberación de la excesiva presión del mundo, del peso de todo cuanto piensan los demás. Escribiendo aprendo a respirar aliviado. Ante el cúmulo de juicios de la época, la literatura es la disciplina de la clarividencia. Sólo puedes decir la verdad narrando».

Pero, al mismo tiempo, por «disidentes», las propias «ideas» aparecen como «inacabadas» e incluso ambiguas. Es lo que ocurre, por ejemplo, con el antagonismo central encarnado por los fraternales amigos –y víctimas de desventuras parecidas– Dragomán, el trashumante, y Kobra, el viajero interior, y que se reitera, a través de distintas variantes, una y otra vez. «¿Cuál ha sido mi acto fundamental? ¿Haberme marchado? ¿Así como el acto fundamental de Kobra ha sido quedarse?, se pregunta Dragomán, quien tras veinte años de ausencia, vuelve a Budapest. «A juicio de Janós Dragomán –apunta Kobra–, el sedentarismo es síntoma de pereza mental, y a juicio de Kobra, errar por el mundo es síntoma de confusión espiritual». En este caso, ¿quién de los dos habla por Konrád, muy gustoso, en cuanto al resto, de que lo represente uno u otro según pinte la ocasión, hasta el punto de que no en pocas oportunidades las voces de ambos, deliberadamente, se confunden? ¿«Patriotismo» o «cosmopolitismo»? ¿O acaso

una y otra opción juntas, tal como sugiere el autor en su ya citada y no tan paradójica autodefinición: «Judío húngaro patriota y cosmopolita, es decir, un espectro?

Todo tan poco «acabado» –y, sin embargo, rotundo como un puñetazo a la mandíbula, el puñetazo del que carecen tantas novelas actuales a las que se suele considerar «redondas»–, como lo es, en la concepción del autor, el propio círculo que cualquier novela intenta cerrar entre el sujeto que relata y el objeto relatado, cuando se trata, como en ésta, de partir «en busca del tiempo perdido». Dice al respecto Melinda: «Una vez me di cuenta de que mi mente estaba distraída. Y allí se encontraba mi amado [Dragomán] delante de mí y empezó a fosforecer y a convertirse en personaje de una novela. Descubrir por primera vez un nexo entre ciertas cosas parece una fiesta porque ese nexo probablemente no vuelva a establecerse [...]. Por mucho que me esfuerce en la búsqueda de la fidelidad de mis reflexiones, el texto siempre diferirá de su objeto. Las ciudades que pasan fugazmente ante las ventanillas del tren, las palabras dichas a nuestro alrededor, todo eso se pierde de manera irremediable, destruido por el tiempo».

En suma, desde el fondo del pozo, aquí también. Por mucho que nos «agarremos a las paredes», la superficie –el círculo luminoso y perfecto– nunca se alcanza.

Ricardo Dessau

Diccionario interdisciplinar de hermenéutica*

La salida al mercado, en nuevo formato y con significativas adiciones, de la cuarta edición del *Diccionario de Hermeneútica* dirigido por Andrés Ortiz-Osés y Patxi Lanceros viene a confirmar la extraordinaria relevancia de una iniciativa a la vez modesta y ambiciosa. Modesta por haber sido llevada a cabo sin apoyos institucionales, sostenida exclusivamente por el esfuerzo casi titánico de los directores y la generosidad desinteresada de los colaboradores. Ambiciosa por su exigencia intelectual, por su inusual amplitud, por el rango de las contribuciones y por su «legítima pretensión», declarada sin ambages por Ortiz-Osés en la Nota a esta nueva edición, «de situarse en la estela de nuestros grandes Diccionarios culturales contemporáneos, como el de Filosofía de J. Ferrater y el de Símbolos de E. Cirlot» (p. VII).

Cabe reconocer tanto el empeño como el logro. En un tiempo en que la especialización corroe las filosofías académicas y las reduce con demasiada frecuencia a escolásticas

* *H. G. Gadamer, G Durán, P. Ricoeur, G. Vattimo, R. Panikkar, J. L. Arangueren, E. Dussel, E. Trías y otros,* Diccionario interdisciplinar de Hermenéutica, *dirigido por A. Ortiz-Osés y P. Lanceros (4ª edición revisada y aumentada), Bilbao, UD, 2004, 628 pp.*

que escudan su inanidad en idiolectos, la categoría de *Hermenéutica* que enuncia el título aspira a ser integradora en vez de acotadora: no se trata tanto de presentar una de las corrientes filosóficas más sugerentes y fructíferas de las últimas décadas como de transitar el ámbito plural que preconiza. Si la Hermenéutica fulge como nueva *koiné* (según la conocida fórmula de Vattimo) no es por haber vencido en singular combate a otras escuelas, sino por su inherente aperturismo y voluntad de diálogo: asumir que la comprensión del mundo es siempre una interpretación sujeta a mediaciones múltiples vacuna contra el dogmatismo y establece una disposición relacional sin pretensiones de absoluto. Este *Diccionario* quiere así, en palabras de Lanceros, «insertarse en esta vía que tolera múltiples direcciones y exige pluralidad de perspectivas» (p. 623). La interdisciplinaridad que enuncia el título no es un adorno, sino una condición ineludible a la interpretación; un vistazo a las más de 120 entradas que registra el índice basta para mostrar la extensión del espectro temático, que acoge no sólo las diferentes ramas clásicas y contemporáneas de la Hermenéutica (bíblica y jurídica, mitológica y teológica, sociológica y política, literaria y estética, cultural y simbólica...), sino también algunas ciencias que una especialización mal entendida ha ido alejando de lo que aún se llama humanidades (física, matemática, medicina), religiones y símbolos, artes (con un marcado predominio de la literatura), autores y períodos históricos, y un énfasis humilde pero decidido en las aportaciones específicas hispanoamericanas, que en sus momentos luminosos (Unamuno y Ortega cuentan con entrada propia) siempre ostentaron una sana irreverencia hacía los géneros y divisiones imperantes.

La nómina de colaboradores no es menos impresionante, y obliga a desistir aquí de su reproducción. Aunque por comprensible afán publicitario la autoría se atribuya en la portada a algunos de los nombres más ilustres (a los que habría que sumar aún muchos más), la discreción de los coordinadores no debe menguar su mérito particular. Andrés Ortiz-Osés y Patxi Lanceros, verdaderos catalizadores del proyecto, no sólo han corrido con la parte del león en la elaboración del *Diccionario* (a su cargo han quedado 15 o 16 entradas respectivamente, incluyendo algunas de las más sustanciosas), sino que llevan años consagrados a la sorda tarea de tender puentes entre ámbitos y tradiciones siempre expuestos a la tentación del ensimismamiento. Su entrega y dinamismo han arraigado hasta crear escuela en un entorno muy poco propicio: las contribuciones de aquellos que fueron estudiantes suyos bastan para atestiguarlo. Y si sus trayectorias individuales, acreditadas en numerosas monografías

(nada menos que 25 en el caso de Ortiz-Osés, media docena en el de Lanceros) han discurrido hasta el exceso por la senda solitaria a que esta sociedad aboca la labor intelectual, la dirección conjunta de esta verdadera enciclopedia colectiva viene a consagrar su voluntad de encuentro y de confrontación, fraterna y hasta lúdica, incitante, imprescindible. El resultado es algo más que un instrumento de trabajo y de consulta para el público especializado o simplemente inquieto: es toda una celebración de la riqueza de nuestras culturas y una invitación a su lectura más abierta. Un reto y un placer al mismo tiempo.

Ibon Zubiaur

Eduardo Moga o la conciencia de la exclusión*

El verbo *estar* –no nos llamemos a engaño– es verbo muy comprometido. Fácil de usar –como las armas blancas–, es espinoso y lleno de materias blandas que se nos escurren en cuanto pueden. Empleado a la ligera y sin conciencia parecería un verbo inocente, inocuo, vacío. Un arma blanca, sí.

La escritura poética de Eduardo Moga (Barcelona, 1962) gira en torno a la trágica insolvencia del significado que puede caber dentro del verbo *estar*. Desde sus inicios, la poderosa rebelión personal del escritor se envuelve en una franca consternación ante el abismo de ciertas palabras presumiblemente ajustadas por el uso, como «estar», «aquí», «cuerpo», «yo» y sus derivaciones. Ya en *La luz oída* –Premio Adonais, 1995– el poeta sorprendía con una incontestable compacidad («la oruga que se convierte en gato / que se convierte en mesa / que se convierte en hombre /.../») en la que latían de manera seminal cuestiones como la identidad, el tiempo, la muerte o la extraña combustión de la intimidad. Los

* *Eduardo Moga,* Las horas y los labios, *DVD, Barcelona, 2003.*

libros que siguieron –*El barro en la mirada* (DVD, 1998), *El corazón de la nada* (Bartleby, 1999), *Unánime fuego* (Tema, ed. bilingüe, Lisboa, 1999) o *La montaña hendida* (Bassarai, 2002)– han subrayado una trayectoria apasionante que no ha renunciado a aquellas iniciales fijezas ni a un discurso donde la imagen mantiene el predominio pero en el que la persistencia del pensamiento redime a la poesía de Moga de cualquier tentativa de automatismo invertebrado.

Ahora sale a la luz *Las horas y los labios* (DVD, 2003) y el lector comprueba de nuevo cómo su escritura crece ratificada en cimientos anteriores hasta lograr un alcance que, a estas alturas, hace de Eduardo Moga una de las voces más dramáticamente lúcidas del panorama actual. Y es que en *Las horas y los labios* hay ya una sedimentación que parece depurar la torrencial respiración poética, fiel a un mismo tema capital y que ahora entra en un complejo diagrama espacio-temporal, un conflicto ontológico –¿o tal vez ontográfico?– que se aferra a la tajante bifurcación representada ya en el propio título del libro.

Horas y labios remiten a una fértil ambigüedad. El tiempo, la palabra, el cuerpo y el amor abren ámbitos que vuelven a crear interrelaciones encontradizas, a medida que el *tempo* del poema –la lectura de esa escritura– transcurre. Ya en *El corazón, la nada,* Eduardo Moga escribía: «Cuando soy otro, ¿quién queda tras la lengua?» Tras la terrible certeza de una rimbaudiana disgregación, en *Las horas y los labios* se asiste a un conflictivo desencuentro entre Tiempo, Identidad y Escritura: «Sólo en el lugar sin tiempo palpita el nombre», afirma. O bien: «¿Soy el que borra los versos o los versos que he borrado?» Esta posibilidad plantea ya el eje vertebral de todo el libro y, por extensión, de la concepción poética de Moga. El Lugar como ámbito exclusivo del nombre; el Tiempo como realidad que niega a aquél; el Nombre –«hollín del pensamiento»– como íntima deposición de la existencia verdadera.

Pero nada más tortuoso que tratar de poner puertas al caos consciente «Hasta la desesperación requiere un cierto orden», dice Blanca Varela). En este sentido, la estructura de *Las horas y los labios* es la del relato de una jornada, regularizado en XXX movimientos emanados desde una conciencia angustiada y lúcida a partes iguales. El viejo tópico horaciano se reacomoda cargándose de adherencias existenciales que lo ennegrecen. Un día es todos los días. La costumbre («la sustancia con que se oculta el cuerpo y en que se manifiesta el cuerpo») insiste sobre la experiencia hasta hacerla desaparecer. La materia es sólo triste dispersión centrífuga y fraca-

sada («¿Por qué todo es su misma muerte, el canto insuficiente de sí mismo?) que hace pensar, más que en Platón, en una singular visión materialista, una percepción hiperconsciente que hace naufragar al «yo» a través de una mirada que diseca el magma aparencial de las realidades, como le ocurría al Roquentin de Sartre, que debía elegir entre vivir y contar.

Visto así, el libro es el relato de un exilio y de un naufragio. Sólo cuando se emprende el retorno a casa («útero sepia») se colapsan los relojes y vuelve una reconciliación con los labios y con el amor. Nombrar y amar son, pues, operaciones que sólo podrían llevarse a cabo fuera del tiempo («La carne, es verdad, no ha muerto, pero su caminar es lento. Nosotros lo obstruimos con nuestro conocimiento») y en el libro eso se alcanza al escapar del enajenamiento de la jornada. El lector no puede dejar de recordar uno de los libros capitales de la poesía española del siglo XX, *La casa encendida*, de Luis Rosales. Pero lo que allí lastraba el discurso del lado de una conformidad confesa, acorde con las circunstancias, en Moga significa la posibilidad de un desarreglo de los sentidos (*La luz oída, sí*) que reinstaura momentáneamente la identidad del sujeto poético: «He vuelto a la casa y he visto su silencio y he oído su permanencia». Sólo que en ese ámbito de reclusión todo persiste: el juego de intersecciones de lenguajes que se entrecruzan como bandazos en distintas frecuencias, la ósmosis entre el «yo» pa(de)ciente y lo exterior, que actúa sobre él («He abierto la puerta. O la puerta me ha abierto a mí») y, por encima de todo, la persistencia de una identidad consciente de su exclusión, que obliga al libro a no acabar linealmente sino trazando una parábola circular que identifica y sutura el último verso con el primero.

Las horas y los labios es lectura nada acomodaticia. La lucidez y el desamparo conviven estrechamente bajo la sombra nada gratuita de las citas iniciales (Pessoa, Wittgenstein, Joyce) que, a su manera, junto a otros nombres más arriba mencionados, trazan pistas que convergen en una radicalidad que sigue invistiendo a Eduardo Moga de un alto grado de presión expresiva y de veracidad, rasgos por los que ya se reconoce su escritura. Su personal fuselaje enunciativo y su imaginería rodante en torno a una severidad existencial golpea con mandobles implacables y simultáneos la conciencia indefensa del lector. O para decirlo con palabras de Olga Orozco, quien sobrevuela con tesón por la escritura de Moga: «Pero es mejor no estar. / Porque hay trampas aquí».

Tomás Sánchez Santiago

Stalin, Negrín y el estalinismo*

Tres libros de notable calado por todo lo que contribuyen –cada uno a su manera– a desentrañar la gran maraña de la Historia. El primero, *Stalin y los verdugos*, desvela la personalidad de un dictador diferente de otros dictadores, ya que fue despiadado con sus propios amigos, con sus esbirros, con los camaradas del partido y con sus compatriotas. El segundo, *Juan Negrín*, traza el recorrido vital del más polémico protagonista del primer gran experimento democrático en España, y recupera al hombre detrás de la leyenda negra. El tercero, *La Unión Soviética y la guerra civil española*, lleva a cabo una revisión crítica de la intervención soviética en la contienda de España de 1936, y revisa y renueva todo cuanto a ella se refiere.

«Gran parte de la verdad continúa cerrada bajo llave en archivos inaccesibles. Los libros escolares, con muy pocas excepciones, guardan silencio sobre los horribles récords del estalinismo. Hasta que la historia se cuente en su totalidad y hasta que la comunidad mundial no insista en que alguien rinda cuentas y expíe el legado de Stalin y de sus ejecutores, Rusia seguirá estando espiritualmente enferma, cautiva de los espectros del propio Stalin y sus verdugos y, lo que es peor, de las pesadillas de su resurrección». Así concluye su trabajo Donald Rayfield, profesor de lengua y literatura rusa y georgiana en la Universidad de Londres. Lo más horripilante es que lo dice después de escribir más de seiscientas páginas en las que recoge todo tipo de trampas, purgas, tergiversaciones y asesinatos, y, sin embargo, asegura que todavía quedan más horrores por destapar.

«Cínico en todo lo demás, Stalin profesaba un ideal constante: el leninismo –dice el profesor Rayfield–». Destaca como rasgo fundamental de su personaje el hecho de que, desde sus primeras entrevistas con Lenin en 1906 y 1907 hasta el momento en que se convirtió en el gestor, guardián e intérprete del líder de la revolución, Stalin lo miraba igual que habría mirado a Jesucristo uno de sus discípulos. Y este punto de apoyo le dio tal seguridad, que Stalin llegó a verse a sí mismo como un férreo gobernante designado por su voluntad divina, que salvaría a su país.

* *Donald Rayfield,* Stalin y los verdugos, *traducción de Amado Diéguez Rodríguez y Miguel Martínez-Lage, editorial Taurus historia, Madrid, 2003, 618 pp.*

Ricardo Miralles, Juan Negrín. La República en guerra, *ediciones Temas de Hoy biografías, Madrid, 2003, 423 pp.*

Daniel Kowalsky, La Unión Soviética y la guerra civil española. Una revisión crítica, *traducción de Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda-Gascón, editorial Crítica, Barcelona, 2003, 543 pp.*

Como hace algunos años hizo el historiados Alan Bullock en su magnífico estudio sobre *Hitler y Stalin, vidas paralelas*, Rayfield también establece su paralelismo entre los dos dictadores. «El hitlerismo –escribe– es como un cáncer del cuerpo político, que permite a ese cuerpo funcionar de manera normal hasta que el propio cáncer lo destruye. El estalinismo es más bien como la larva de una avispa parasitaria que devora por completo el cuerpo político que ha invadido, hasta convertirse en ese mismo cuerpo».

Más que escribir una biografía de Stalin u otra historia más de la Unión Soviética, la intención del autor del trabajo que comentamos ha sido seguir el camino recorrido por su personaje hasta que tuvo el poder absoluto así como examinar los medios –y los hombres– que le permitieron conservarlo. Por eso sitúa en primer plano la trayectoria y personalidad de los verdugos de Stalin, especialmente de los cinco que dirigieron la policía política y las fuerzas de seguridad del Estado soviético, instituciones que recibieron, sucesivamente, nombres distintos y de cuya evolución el profesor Rayfield hace un minucioso estudio: la Cheka (Comisión Extraordinaria para Combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje), el GPU u OGPU (Directorio Político del Estado), el MKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos), el MVD (Ministerio del Interior) y el MGB (Ministerio de Seguridad del Estado). Después de Stalin, el MGB pasó a llamarse KGB (Comité de Seguridad del Estado) y, posteriormente, en la nueva Federación Rusa, FSB (Servicio de Seguridad Federal).

De estos cinco dirigentes –Dzierzynski, Menzhinski, Yagoda, Yezhov y Beria–, Stalin designó directamente a los dos últimos, mientras que los tres primeros se vieron inducidos a cumplir su voluntad. Lo que sí es evidente es que los cinco fueron instrumentos de una mente más malévola que la suya. Mientras Stalin se cuidaba de los fines, ellos se ocupaban de los medios. El estudio de las acciones y motivaciones de estos hombres arroja una luz reveladora sobre la tiranía de Stalin.

La horrible historia del estalinismo, sólo comparable en Europa con los efectos del nazismo, tiene que seguir siendo contada. El trabajo realizado por Donald Rayfield es una novedosa y buenísima aportación.

Según sus partidarios, Negrín fue el gran estadista de la II República, un político insobornable, de gran valía y fuerte personalidad, que siempre cumplió con su deber y luchó por sus convicciones hasta el final, haciendo frente a los obstáculos del destino. Para sus detractores, en cambio, fue un

mero instrumento del comunismo soviético, un hombre pusilánime, ambicioso e irresponsable que provocó la división interna del PSOE, se puso al servicio de Stalín y encadenó una serie de errores y fracasos que condujeron a los republicanos a la derrota. Con la presente biografía, Ricardo Miralles, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco y experto en la guerra civil, pretende rescatar a su complejo personaje tanto de los elogios encendidos como de las acusaciones extremas. Miralles considera que la figura de Juan Negrín es básica para entender un periodo fundamental de la historia reciente de España: el final de la República, la guerra civil y el exilio de los vencidos. Su pretensión es la de recuperar al hombre y al político –al médico, al socialista, al ministro de Hacienda y al presidente del Gobierno de la República– que hay detrás de la leyenda negra.

Cuando el doctor Negrín asumió la presidencia del Gobierno republicano, en mayo de 1937, estaba convencido de que una estrecha cooperación con los soviéticos proporcionaría la única posibilidad de supervivencia para la República. Miralles nos recuerda que ésta fue una percepción compartida por Azaña, Prieto y otras muchas figuras republicanas y socialistas. «La superioridad material de las fuerzas de Franco –escribe–, con el apoyo generoso de Hitler y Mussolini, frente a las dificultades logísticas de la República, pese a la ayuda rusa, supuso que Negrín, por mucho que fortaleciese el Estado republicano, no iba a poder parar la creciente serie de derrotas». Fue entonces cuando, descontentos unos, espantados otros y amargados todos, los que antes habían compartido sus convicciones de la necesidad de colaborar con los comunistas, empezaron a echarle todas las culpas.

El profesor Miralles lleva a cabo una estudiada, minuciosa y bien documentada defensa de Negrín, presentándonos la imagen de un hombre de talento extraordinario y altísimo sentido del deber político y patriótico, pero sujeto a sus propias frustraciones y debilidades. Se trata del hombre, según nos dice su biógrafo que simbolizó mejor que nadie las difíciles circunstancias de la guerra de España desde el bando republicano, y que fue expresión, como otros hombres en otras partes, de la grave responsabilidad de los dirigentes políticos que debían decidir cómo poner coto a la barbarie que se alzaba por doquier en Europa y en el mundo. Juan Negrín fue un dirigente político en el epidentro de la República crecientemente descompuesta. El profesor Miralles afirma que quiso mantenerla unida cuando todo eran fuerzas centrífugas, des-

tructoras de cualquier proyecto unitario. El Frente Popular fue ineficaz como instrumento de convergencia de los partidos; el PSOE entró gravemente fragmentado en la guerra y acabó rompiéndose por dos veces, en mayo de 1937 (con el apartamiento del «caballerismo») y en abril de 1938 (con la consolidación del viejo «centrismo» o «prietismo» y la emergencia del «negrinismo»); y el PCE, con una conducta cada vez más sectaria y orgullosa de su crecimiento y posición preeminente. Gobernar en estas condiciones era una tarea más que difícil y, por eso, el primer ministerio de Negrín pareció ser, en principio, el gobierno con el que había soñado Azaña; también lo fue para Prieto. Y lo fue hasta abril de 1938. A partir de entonces todo resultaron ser conjuras de los comunistas, turbios manejos, sometimiento a las directrices estalinistas de Moscú. Ricardo Miralles remata su trabajo diciendo que Negrín comprendió, quizá mejor que todos los políticos que le rodeaban, que la guerra de España no era una guerra civil cualquiera entre los españoles, ni un proyecto de restauración del régimen pasado, sino la primera de las batallas contra el fascismo que se levantaba en Europa, una guerra de implicaciones universales, la precursora de la gran contienda contra la barbarie que estaba a punto de desatarse en el viejo continente. «Por ello –concluye–, desde mi punto de vista, Juan Negrín resulta más comprensible si se le sitúa en la estela de los hombres políticos de la década de los años cuarenta del siglo XX, que, en otros países –como en España él–, entendieron las exigencias de la hora dramática que se avecinaba y estuvieron dispuestos a resistir, igual que lo estuvo él».

Hay una faceta de la guerra civil española que, curiosamente, hasta fecha muy reciente no había sido objeto de investigación documental: el papel de la Unión Soviética, hasta dónde llegó la ayuda que prestó la URSS a la República, y el carácter exacto de su política y de su influencia. Sólo con la apertura parcial de los archivos soviéticos a lo largo de los años noventa ha sido posible empezar a aclarar este controvertido aspecto del conflicto español. La labor pionera llevada a cabo por Antonio Elorza, Marta Bizcarrondo, Mary Habeck, Gerald Howson y otros estudiosos ha aclarado muchas cosas en el ámbito relacionado con la Internacional Comunista y sus relaciones con el Partido Comunista de España, pero no ha ahondado en otras cuestiones. Concretamente, las relaciones de la República y la Unión Soviética durante la guerra en general fueron estudiadas por primera vez en la tesis doctoral leída por

Daniel Kowalsky en la Universidad de Wisconsin en 2001, bajo la tutoría del profesor Stanley Payne, y el volumen que comentamos es una versión revisada de la misma. La importancia fundamental de este trabajo radica en el hecho de que descubre las dimensiones de las relaciones hispano-soviéticas durante la guerra civil, ofreciendo un tratamiento sistemático de aspectos tan relevantes como los asuntos diplomáticos, la ayuda humanitaria y la propaganda, las relaciones culturales, la asistencia y la intervanción militar, los envíos de armamentos, la suerte de los niños evacuados, el oro español y las cuentas de Moscú, los instructores soviéticos, la presencia de agentes secretos y sus crímenes... Sobre todos y cada uno de estos puntos Kowalsky nos ofrece nuevas precisiones y una visión crítica, cuyo resultado final es mostrarnos que gran parte de lo que creíamos saber o es falso o fue deformado por la propaganda franquista o por la visión partidista de la guerra fría.

«Aunque el Kremlin nunca presagió ni precipitó el estallido de la guerra civil –escribe el mencionado autor–, Stalin vio inmediatamente en los acontecimientos que estaban produciéndose en la península Ibérica una ocasión para la movilización en varios frentes». Efectivamente, a las pocas semanas del alzamiento de los rebeldes, Stalin había empezado ya a explotar la guerra de España para fortalecer el apoyo a su régimen, que empezaba a flaquear.

Kowalsky destaca en su investigación que, aunque el régimen soviético había actuado con rapidez a fin de capitalizar el potencial de la guerra en beneficio de una campaña de solidaridad en el frente interno y a escala mundial, el Kremlin no se mostró de inmediato deseoso de involucrarse directamente en el embrollo español. Moscú esperó casi diez semanas antes de suministrar las primeras armas al bando republicano, y antes de expedir ningún tipo de armamento, envió a España un nutrido grupo de personal diplomático y de asesores militares. Simultáneamente, el problema de la financiación se resolvió mediante el compromiso por parte de la República de enviar a Moscú la mayor parte de sus reservas de oro. El resumen, Stalin no emprendió ninguna acción hasta que estuvo seguro de que la intervención de la Unión Soviética en España no iba a tener repercusiones económicas o diplomáticas adversas para su país.

¿Y fue Stalin el malvado entrometido, saboteador, oportunista y asesino que los detractores de su figura, entre los españoles de uno y otro bando, han dicho que fue? La tesis de Daniel Kowalsky es que «en el fondo, la aventura española de Stalin fue interesada y cínica, y constó de elementos verdaderamente insidiosos, pero su repercusión

deseaba ir más allá de las capacidades reales del Kremlin, de modo que si bien su ejecución fue siempre sorprendentemente ineficaz, sus consecuencias resultaron inesperadamente benignas».

Este libro va a ser una referencia necesaria e indispensable para todos los interesados en el tema que trata: el verdadero papel jugado por la URSS en la guerra civil española.

Isabel de Armas

La soledad del inocente*

«Alguien debía de haber hablado mal de Joseph K..., puesto que, sin que hubiera hecho nada malo, una mañana lo arrestaron». Así da comienzo *El proceso*, una de las más representativas e intrigantes piezas de la literatura kafkiana que desde su publicación ha sido pasto de la voracidad crítica. Ciertamente, no sorprende a estas alturas asistir a una relectura del Kafka atormentado y oscuro que tenemos grabado a fuego en el subconsciente literario de nuestras noches adolescentes. Sin embargo, no es este el caso que nos ocupa, porque la profesora Sultana Wahnón ha hecho gala del rigor que caracteriza su producción teórica para abrirnos las puertas a una profunda visión del universo kafkiano en la que no hay cabida para la imagen apocada y triste del autor.

Lucidez y sabiduría son sin duda el sello que une a ambos –novelista y estudiosa– en un diálogo que transciende la materialidad de la obra literaria para dar en una escrupulosa reflexión desarrollada en oposiciones binarias. Ficción y realidad, culpabilidad e inocencia, cultura clásica y tradición judía, modelo y genialidad conforman así, en un juego de pares, la estructura de esta investigación, cuyo punto de partida gira en torno a un hecho fundamental: la defensa de la inocencia de Joseph K. Y es que, como la propia autora explica en la introducción, en los últimos años buena parte de la crítica se había mostrado más proclive a buscar dónde residía el delito del protagonista que a cuestionar su culpabilidad. Esto mismo, unido a la consideración de la novela como una «obra abierta» por parte de Umberto Eco, interponía una serie de barreras sustentadas sobre una incierta ambigüedad que ahora habrá de ser suspendida en beneficio de una interpretación más cerrada.

* Kafka y la tragedia judía, *Sultana Wahnón. Barcelona, Riopiedras, 2003.*

Sultana Wahnón se emplea así en una lectura literal de *El proceso* que le sirve de vía para acceder al estudio de las claves de la producción kafkiana. En este devenir, dos son los elementos que reciben una atención especial, a saber: la renovación del género trágico llevada a cabo por el escritor y la impronta del mundo judío en los personajes y argumentos de sus obras. La especial predilección que Kafka mostró en abocar a sus personajes al fatal capricho de un destino perverso es sometida aquí a examen bajo el esquema de los estudios aristotélicos y sobre todo de las teorías nietzscheanas que anunciaban el renacimiento de la tragedia en la cultura alemana. Kafka bebió de ese pesimismo trágico inyectado de sabiduría y alegría a partes iguales que ponía el contrapunto a la ingenua felicidad moderna, edificada sobre el frágil pilar del progreso científico e intelectual. Según sus propias palabras, «lo que necesitamos son libros que hagan en nosotros el efecto de una desgracia (...) un libro tiene que ser el hacha para el mar helado que llevamos dentro». En estas afirmaciones, que ponen el acento en la impresión que la obra debía producir en los lectores, Kafka se hacía eco de la catarsis aristotélica, con la diferencia de que ahora no habría residuos religiosos ni morales, sino una firme comunión con el vitalismo de Nietzsche en torno a la reivindicación del sufrimiento como parte esencial de la naturaleza del hombre y del mundo. No se trataba sino de dejar al descubierto el carácter contradictorio de la existencia y de aceptarlo con alegría, como las dos caras de una misma moneda, tal como lo hizo explícito el autor al escribir que la calidad de sus escritos residía en «esta capacidad de morir contento» que caracterizó su literatura.

A lo largo de este ejercicio creativo, a medias entre lo apolíneo y lo dionisíaco, Kafka hizo confluir los mitos de la antigüedad tanto griega como hebrea con la reflexión política, las inquietudes personales y su humanidad judía. La clarividencia que tan justamente le ha sido atribuida a su obra no responde al azar, sino a un conocimiento activo de la realidad de la Europa de principios de siglo. Ciertamente, el checo se sirvió de la ficción para verter parte de sus angustias en relación con el antisemitismo del momento y el peligro de los totalitarismos, de ahí que se haya dado en ver *El proceso* –y, en realidad, toda la extensión de su creación literaria– como una tragedia política, una teatralización del absurdo vivido por el pueblo judío ejercida con sagacidad sorna e ironía. Estos aspectos son los que ocupan la segunda parte del trabajo, en el que Wahnón ilustra detalladamente sobre las circunstancias políticas, sociales y personales del autor para subrayar su activismo intelec-

tual y capacidad de observación, elementos, sin duda, que conforman la imagen de un Kafka inteligente, reflexivo, sarcástico y profundamente instruido en las reglas del género.

En definitiva, Sultana Wahnón ha conseguido el más difícil todavía de ofrecer una sólida e imprescindible interpretación de *El proceso* que acompaña la soledad del inocente Joseph K., a través de una escritura que evoca el *utile dulci* horaciano y abre la puerta al conocimiento plural –histórico y literario– de la siempre vigente escritura kafkiana.

Concha González-Badía Fraga

Teatro Raventós. San José de costa Rica. Foto Junta Nacional de Turismo.

América en los libros

El estado en crisis, *Carlos Malamud, Editorial Síntesis, Madrid, 2003, 251 pp.*

El cuarto volumen de la *Historia contemporánea de América Latina* que dirige el profesor Carlos Malamud se abre a las incertidumbres del periodo 1920-1950. El propio ensayista fija el carácter desafiante de dicho tramo por medio de dos corrientes contradictorias que hemos de tener en cuenta de antemano: la resistencia a los avances totalitarios de raigambre europea y el creciente apoyo social brindado a las opciones de autarquía populista. De esa tensión nace la trama aquí expuesta, y el relato resultante, como es obvio, ofrece ambivalencias y paradojas, pero el autor se vale de ellas con habilidad, e incluso llega a introducir alguna referencia literaria para contradecir mitos aireados por los medios masivos.

De ello no hay duda: Malamud advierte la naturaleza porosa y proliferante del discurso histórico. Por ello, trata de depurar las fuentes más fiables, insistiendo en aquellas que desglosan lecciones válidas para el presente. Con este fin, diseña a partir del primer capítulo un escenario económico agrietado por los defectos de la Gran Depresión. Un impacto, por cierto, mudable en cada país de Iberoamérica, y por consiguiente, útil para calibrar los anticuerpos puestos en marcha frente a semejante perjuicio. Las viñetas son conocidas: intervencionismo del vecino del Norte, mercados estremecidos y faltos de crédito, esperanzas de crecimiento económico en una lista de apuestas que tuvo más de un perdedor. Precisamente con este diagnóstico analiza el autor lo que supuso la salida de la crisis y el comienzo de aquella industrialización que, para compensar, se quiso sustitutiva de bienes importados. Un proceso que Malamud ubica durante la Gran Guerra para prolongarlo con un mayor ímpetu en los años de la segunda contienda mundial.

En lo político, estos tiempos no fueron propicios. De hecho, el tramo se despliega con dolor, pues el vaivén pendular que conllevó el cambio de siglo se tradujo más tarde en turbulencias, puntos de ruptura, saltos en el abismo y totalitarismos coetáneos.

Comprensiblemente, a medida que se fue imponiendo ese último modelo –el dictatorial, tan múltiple de incertidumbres– hubo una compulsiva repetición de dramas. Pero nótese que hablamos de dramas cuyos protagonistas fueron dos nuevos actores que el autor describe

mientras ellos exigen su cuota de poder: los sectores medios y la clase obrera. En todo caso, cae oportuna esta escenografía. Elocuentes y estelares, el totalitarismo y el nacionalismo sirven de puntuación al recorrido subsiguiente. Al cabo, ambos recuperaron el contacto con lo primario amparándose, a pie firme, en relatos tribales y en la purga de ideas disgregadoras. Además, en el caso de los nacionalistas, su fórmula de acceso a la realidad subió de grado durante la Revolución Mexicana y fue impregnando la conciencia intelectual del continente, mediada, eso sí, por los hábiles discursos de Rodó, Mariátegui y Haya de la Torre. Contra lo heredado de la Colonia, se obedecía así al deseo de organizar una nueva totalidad donde la soberanía original era objeto de encomio. Por lo demás, a la sombra de este ideario resulta aún más paradójico el pobre aliento de la Organización de Estados Americanos (OEA). Con razón habla el ensayista de los escasos logros del entramado panamericano, para el cual hubo poco margen dentro del arte de lo posible. Mayor intensidad tiene en este dominio la Guerra Fria. No en vano, el manejo de ideas antinorteamericanas o antiimperialistas empezó a cobrar vigor en ese plano de las relaciones internacionales que aún prospera en el imaginario local, y que, por otro lado, verifica el complejo protocolo de una identidad asediada.

Alfonsina Storni. Mi casa es el mar, *Tania Pleitez Vela, Espasa Calpe, Madrid, 2003, 297 pp.*

En la biografía de Alfonsina Storni que formula Tania Pleitez figura un propósito que hubiera sido grato para Sainte-Beuve, pues acá la inquisición de los detalles personales sirve para juzgar toda una trayectoria lírica. Pero si bien Pleitez distingue en su historia los matices que impone la crítica científica, lo cierto es que su forma de dar corporeidad a los versos por medio del retrato de Storni conlleva, muy seguramente, el logro más sugestivo de este libro. Recreador hasta aproximarse a las lindes de una novela, pero trazado con pulcritud, ameno y dentro de una impecable dirección documental. De esa forma, dosificando registros fiables y licencias digresivas a lo largo de los sucesivos pasajes, la autora enriquece el mismo argumento con paulatina tendencia al gran plano. A saber: el desarrollo poético de Alfonsina no sólo integra la búsqueda de un estilo individual y una voz personal; también atañe a la progresiva madurez del personaje en el campo de las realizaciones prácticas, incluso cuando, a su pesar, rompe la fe en el porvenir. Así, partiendo de esta lectura, verso y anécdota se entrecruzan. Cuando la poeta dialoga con el misterio, intuimos una respiración prolongada, a veces fruto del cansancio, y otras, simplemente medi-

tativa, en el serio anhelo de oponerse a la adversidad.

En el terreno exclusivamente literario, Tania Pleitez nos brinda jugosas versiones sobre los móviles que impulsaron a Storni en cada uno de sus poemarios, comenzando por el primero y más vacilante en sus hechuras, *La inquietud del rosal* (1916). Tras el abordaje de la serie modernista –sin duda corregible– que componen *El dulce daño* (1918), *Irremediablemente* (1919) y *Languidez* (1920), Pleitez descubre un nuevo acento –transgresor, seguro, elocuente– en los ensayos y obras teatrales escritos entre 1919 y 1928. De la lectura de obras como *Ocre* (1925) extrae señas de vanguardismo que, si bien no figuran en las prosas líricas de *Poemas de amor* (1926), reaparecen con vigor en *Mundo de siete pozos* (1934) y en los más exigentes *antisonetos* que, por virtud de un estilo sin restricciones, contiene el volumen titulado *Mascarilla y trébol* (1938). Aun sin exagerar tales audacias, esta última personalidad es más atractiva para la biografía; lo natural, lo casi inevitable, es que durante ese tramo administre las mejores estrofas y los recuerdos más amargos. Por ello no es raro que dicha exaltación también refleje una forma efusiva del sufrimiento: el mismo dolor del que la poeta, enferma irrevocable, quiso desertar durante la madrugada del 25 de octubre de 1938, arrojándose al mar –un cauce más que apacible frente a las incertidumbres de la vida– desde el espigón de la playa de la Perla.

Sin lugar a dudas, lo anterior enriquece el prestigio póstumo de nuestra escritora y le da un cariz contradictorio que Pleitez interpreta con fluidez. «El alma de Alfonsina Storni era barroca –escribe–. Llevaba en su interior tempestades y lloviznas, selvas arrebatadas y campos apacibles, hierba fresca y musgo, océanos fieros y mares mediterráneos». Precisamente por atender a los costados menos conocidos de ese territorio, la autora centra su curiosidad en tres aspectos de la vida y la trayectoria creativa de su personaje: la relación que ésta mantuvo con el padre de su hijo Alejandro Alfonso (cuyo testimonio, por cierto, figura a modo de oportuna posdata); las dos obras de teatro que destinó a los espectadores adultos (*El amo del mundo,* estrenada en 1927, y *La debilidad de mister Dougall*, escrita ese mismo año); y por último, el viaje que realizó a Barcelona en enero de 1930.

Periodismo y literatura de vanguardia en América Latina: el caso peruano, *Luis Veres, Universidad Cardenal Herrera-CEU, Valencia, 2003, 253 pp.*

Sociología y literatura convergen dentro del magnífico estudio de

Luis Veres para acreditar con eficacia ese rótulo que les aplicó Edgar Morin: escuelas de la comprensión. De hecho, puesto a ilustrar dos fenómenos imbricados el uno en el otro –hablamos de vanguardismo e indigenismo peruanos–, el autor sigue el curso de la historia local y de ello emerge una concepción multirreferencial, a través de la cual nos es posible comprender esa voluntad de destino que resume ambos fenómenos y que, fundándose sobre una dialéctica comunitaria, aglutinó ideas de modernidad e integración. Esto conduce a una primera certeza que destaca el autor: a comienzos del siglo XX, ser indigenista era una de las muchas formas de ser moderno. O dicho de otro modo: la ejecución del programa vanguardista convirtió al indio en una moda.

Tal estrategia lleva en sí una punta de desarrollo político. Por ello es necesario que distingamos algo de ambición en ese interés de los indigenistas. Aún más, en el juicio de Veres queda patente una clave: la causa bien podía responder a fines del todo altruistas, pero asimismo a la posibilidad de ver en peligro los privilegios de clase. Al decir del autor, los indios no apreciaban a los indigenistas con un baremo diferente al que les servía para conceptuar al resto de los blancos. «Una rebelión generalizada –escribe– iba a perjudicar su posición social a no ser que fueran ellos mismos los que se levantaran como máximos defensores de los indios». Con esta enérgica sugerencia situada a modo de epígrafe, la obra cobra un nuevo vuelo, y permite apreciar en sus matices la propuesta de José Carlos Mariátegui, y más en concreto, el programa editorial de la revista *Amauta*, fundada por aquél y distribuida a partir de septiembre de 1926.

Para resultar pertinentes en el plano político, estos y otros proyectos –por ejemplo, el andinismo de José Uriel García y el mesticismo de Jorge Basadre– pueden contextualizarse dentro de la dependencia histórica diseñada por Mariátegui, a cuyo entender la Conquista fue un cataclismo que «rompió la identidad del país a causa de la destrucción del sistema socialista en que se basaba su economía». Con esto se entiende mejor por qué el periodismo indigenista trató de reinstalar a los indígenas en el núcleo del progreso productivo, dado que, al fin y al cabo, sin ellos no cabría un legítimo afianzamiento nacional.

Indigenismo y vanguardia emergen en la experiencia de la década de 1920. No por azar, ambas parcelas se disgregan al tiempo que agoniza *Amauta*, cuyo declive coincide además con la muerte de Mariátegui. La misma crisis, según concluye el analista, conlleva el fin del boletín *Titikaka*. Como en sus inicios, el movimiento también admite

en su ocaso una lectura política, que Veres sitúa en la sustitución del régimen de Leguía por la dictadura de Sánchez Cerro. Por otro lado, al escenificar su competencia los comunistas ortodoxos y los seguidores de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, fundada por Haya de la Torre en 1924, «el indio dejaba de ser un argumento literario, pues ya no era un valor de cambio en el debate político».

De tanto en tanto, parece valorarse de nuevo esta última posibilidad en ciertos confines del continente. Hoy todavía el indigenismo rumia en la memoria, aunque, por desgracia, escasea en su reciente formulación el aplomo poético e intelectual que, en contraste, sí depara el periodo estudiado en la recomendable entrega del profesor Veres.

Desafíos para una nueva asociación. Encuentros y desencuentros entre Europa y América Latina, *Christian Freres y Karina Pacheco (eds.), Los libros de la Catarata, Madrid, 2004, 256 pp.*

El presente trabajo se inscribe dentro del plan de vínculos al cual contribuye desde 1996 la Red de Cooperación Eurolatinoamericana (RECAL). En ese marco, parece claro que el problema político-económico subsistente desde hace una década, y a cuyo estudio se entregan los colaboradores de este volumen, precisa para su esclarecimiento tres líneas principales de reflexión: las circunstacias en que se efectúa la cooperación al desarrollo, los márgenes o apremios del diálogo político, y por último, el espacio disponible para los lazos económicos entre ambos continentes. La fama de estas tres acciones se extiende, por necesaria inercia, a otros cuatro campos, que por cierto, cada día están más firmemente ceñidos al mástil de la globalización: la geopolítica, la doctrina de seguridad, la regulación financiera y el estado de la democracia.

Desde la militancia o con aparente expresión de neutralidad, en los artículos de esta antología se interpreta de forma diversa dicho ámbito. Ahora bien, predomina en ellos la idea de que el papel de la Unión Europea en Iberoamérica no está predeterminado; más bien tendría que forjarse de forma gradual para identificar sus componentes. Con todo, lo que el volumen es en realidad nos lo dice el subtítulo –*Encuentros y desencuentros*–: una especie, pues, de inventario de aciertos y conflictos, intercambios y fricciones en un periodo de mudanza financiera y crisis de identidad.

Desde otra cuerda, puede resultar sugestivo para los lectores el léxico gremial que utilizan varios de los colaboradores. Traspasar a una prosa técnica, o para ser más

exactos, sobreescrita –destilada en la academia– los neologismos procedentes de las relaciones internacionales, a veces significa situarlos en el marco de la corrección política. Esto es, un fuego de artificio conceptual que, fuera de la capilla universitaria, suele iluminar buenos deseos pero no siempre ideas cristalinas. Ejemplo: destaca Frere que para la politóloga inglesa Jean Grugel, «el interregionalismo constituye un mecanismo emergente de gobernabilidad mundial». Por lo demás, aún está por definir qué modelo de interregionalismo prevalecerá en términos operativos: «uno socialmente responsable u otro basado en la imposición de intereses económicos y políticos europeos». Dos alternativas que, según este esquema, parecen irreconciliables y en cuya discrepancia insisten ortodoxos como Saramago, afines por cierto a la consigna conspiratoria –cito un testimonio reciente del escritor portugués: «vivimos en una democracia secuestrada por el poder económico»–. En rigor, también ahí la duda es admisible, pues refiriéndose a esta necesaria interacción entre los territorios, Grugel la describe como una esfera «vagamente teorizada» de la política internacional. Zonas de opacidad que, al fin y al cabo, permiten la reglamentación provisoria, la profecía autoconclusiva o, por qué no, el renuevo de viejas mitologías ideológicas que todo lo cimentan.

Inevitablemente, al margen del empleo de argot y de la persuasiva incertidumbre que éste surgiere a los no iniciados, esa vaguedad no es una franquicia de Grugel; también sirve de gozne conceptual a otros de los autores acá reunidos. Por ello, más que por disertaciones de este orden caliginoso, el libro editado por Freres y Pacheco resulta útil como sumario de la agenda de negociaciones entre europeos e iberoamericanos, vinculada, entre otros documentos, a los producidos por y para las sucesivas Cumbres de Jefes de Estado y de Gobierno. Léanse, para apreciarlo, las ordenadas y lúcidas intervenciones de Klaus Bodemer, Anneke Jessen y Andrew Crawley. Junto a esta perspectiva cuantificadora y econométrica, los estudios del impulso globalizador también sabrán estimar en el manojo de artículos una pauta de vínculos alternativos (no sujetos a instituciones), serviciales para tupir la red euro-latinoamericana frente a las fórmulas preferidas por Estados Unidos. Viejas querellas, en fin, que aún nutren la vehemente dialéctica entre conservatismo y liberalismo.

Carlos Gardel. La voz del tango, *Rafael Flores, Alianza editorial, Madrid, 2003, 230 pp.*

A imitación de otras ceremonias teatrales, el tango cantado sigue el

tipo de precisiones que configuran su espectacularización y carácter dramático. Si a primera vista los argumentos para valorar esta faceta son numerosos, pronto se advierte que también es fructífero el viaje inverso, demostrando la identidad de su línea melódica y de ese material poético que engendra el modernismo. De otra parte, es bien sabido que cuando el prestigio musical de esta tonadilla escénica ingresó con claridad en los espacios fabulosos del siglo XX, los letristas adeptos pudieron vanagloriarse de haber construido un vigososo cancionero, lleno de connotaciones castizas y también cuajado de formidables hallazgos literarios. Por coincidencia simbólica, esta expresión de los márgenes del arrabal –plebeya, privativa e indecisa durante sus inicios– tardó en hacerse respetable, pero luego ganó fama fuera de sus confines, y en este orden de afectos, tuvo proyección ulterior en eso que, aun sin tener muy claro sus giros y estímulos, solemos llamar alta cultura. De ahí que muchos adjudiquen a Carlos Gardel un rango superior en la encuesta, pues la visión genética del tango, aunque abreviada, no se entiende sin su testimonio. Aún más, dado que el género reduce a estrofas la identidad porteña, debe anotarse que el cantor también ordena en su repertorio una formidable serie de abstracciones: roles y estereotipos barajados con cierta ambigüedad, que habían prosperado en los bajos de la ciudad antes de subir a los escenarios. De modo más concreto aún, Borges entendió que «sin atardeceres y noches de Buenos Aires no puede hacerse un tango y que en el cielo nos espera a los argentinos la idea platónica del tango, su forma universal (esa forma que apenas deletrean *La Tablada* o *El Choclo*), y que esa especie venturosa tiene, aunque humilde, su lugar en el universo». En todo caso, espigando solamente algunas de las claves más obsesivas de semejante avatar, Gardel reaparece como su más prestigiosa y tenaz figura, y además sin otras leyendas paralelas, pues ya son suficientemente legendarios su don expresivo y una biografía vaga y breve, animada con latidos novelescos.

Desde tales valores de ejemplicidad –o si se quiere, complicándolos con afinidades mitopoéticas–, lo cierto es que el tango realiza distintos deseos a lo largo de su historia. Como ya vimos, en el centro de este drama hecho canción siempre opera Gardel, personaje creciente, fluido en la curva de las emociones, y ahora puesto entre corchetes por el especialista Rafael Flores, cuyo diálogo con el género contribuye a clarificar los límites entre la intuición estética, los adornos impresionistas y la certeza del musicólogo.

Como podrá comprobar quien lea esta monografía, Flores condensa en ella una larga rebusca que él se ha encargado de difundir por

medio de otros libros, artículos e intervenciones radiofónicas. Desde luego, no es la primera vez que Carlos Gardel modula sus intereses, pero acaso sea ésta la oporunidad en que le dedica un volumen más completo, pues no sólo ofrece una lectura concluyente en torno a los conflictos y fortunas del héroe. También facilita el autor un disco compacto con una antología de canciones y una magnífica serie de imágenes: dos aportes documentales que ayudan a entender la desproporción de Gardel cuando se lo compara con sus apóstoles más fervientes. Y ya que mencionamos esta posición litúrgica del artista, cabe mencionar que Flores repasa sus varios títulos de nobleza –los que sitúan al cantante en la inmortalidad– y desentraña algún que otro misterio, aunque sin enojar a los incondicionales. Lo cual no es poca cosa, dado que trazar acá una interpretación verosímil es una empresa no fácilmente realizable, y sugiere siempre una suerte de intriga detectivesca cuando se repasa de nuevo el jeroglífico que compuso Gardel con sus documentos de identidad.

Algo parecido sucede a la hora de enumerar sus condiciones fabulosas. Como se sabe, este destello del artista queda matizado por una temprana muerte: amago del destino que lo guardó bien de todo cuanto representa envejecimiento. Un matiz decisivo al decir Borges: «su gloria máxima fue póstuma». Ahora bien, la acción prosigue en un segundo acto no menos revelador: «Buenos Aires se siente confesada y reflejada en esa voz de un muerto». Con todo, aunque este logro del difunto tiene consecuencias muy concretas en el ámbito de la fantasía popular, Flores envuelve a su protagonista con objetividad. Y sobre este fondo, aunque reconoce que a Gardel se le ha investido de esa estela legendaria, nuestro autor elige otra conclusión. «La fuerza de sus hechos artísticos –dice– es tan intensa que a las veneraciones rituales preferimos el placer de oírlo una y otra vez».

Como vez, intérprete y estilo en sí mismo, el personaje sirve al ensayista para ejemplificar la singular dinámica tanguera y su seductora preferencia por ciertos lugares de la memoria. Pero esta monografía es un conglomerado que reúne tantos méritos en su texto como en los apéndices, donde se incluyen, una bibliografía, un glosario, la filmografía, la discografía y el árbol genealógico del Carlos Gardel. A modo de cancionero, ya en la última parte del libro, su autor acapara el interés del curioso con una presentación de los temas que integra el CD adjunto, el cual, por cierto, viene a proporcionar un resumen fonográfico de la personalidad dramática y musical del biografiado.

Guzmán Urrero Peña

Los libros en Europa

Mussolini, *R.J.B. Bosworth. Traducción de José Manuel Álvarez Flórez. Península, Barcelona, 2003, 636 páginas.*

Unas 300 biografías de Mussolini anuncian la torrencial bibliografía acumulada sobre el fascismo italiano y su Duce. Polémicas acerca de su naturaleza y revisionismos varios embrollan más aún el estado de las cuestiones. Con buen tino anglosajón, el australiano Bosworth intenta poner orden en las noticias, depurando las innumerables fuentes y sirviendo al texto con un fluido sentido narrativo.

Como buen historiador, no le aquejan pruritos de objetividad. Su visión del biografiado es negativa pero no practica un dogmático antifascismo que supone a Mussolini como fulcro del mal histórico. En comparación con Hitler y Stalin, su represión directa fue módica. Personalmente, era un hombre culto, reflexivo e indeciso. Aficionado a la filosofía y a la música, ignorante en economía y milicia, comprendió sin embargo algo que define al siglo XX con su nombres: la sociedad de clases se estaba convirtiendo en sociedad de masas, de desclasados, hecho que se agudizó por la guerra de 1914, cuando gran parte de la población masculina adulta se transformó en ejército.

Bosworth señala que las grandes apuestas mussolinianas fracasaron y que costaron a Italia un precio altísimo en vidas humanas y pérdidas materiales, aunque abrieron el camino del desarrollo y la modernización que el fascismo declamó sin recorrerlo. La empresa colonial y la participación en la guerra mundial de 1939 fueron disparatadas y autodestructivas, tanto que, al desaparecer el régimen, de hecho, en 1943 y de derecho, en 1945, la historia italiana, muy a la italiana, pasó página como si se tratase de una corto paréntesis histórico.

El autor no se propone novedades informativas sino un recorrido por la persona íntima y el personaje público que se inició en un socialismo jacobino y anarcoide para hacerse socialista nacionalista y acabar en el integrismo totalitario que es la disolución de la política en la unidad nacional que acaba con la realidad social de los sujetos, haciendo de la política un espectáculo y del Duce, un disfrazado en la comedia del mundo. Llevada al frente de batalla, deviene tragedia.

El nacimiento del cristianismo. Qué sucedió en los años inmediatamente posteriores a la ejecución de Jesús, *John Dominic Crossan. Traducción de María del Carmen Blanco Moreno y Ramón Alfonso Díez Aragón. Sal Terrae, Santander, 2003, 653 páginas.*

La visión de un hombre muerto interpretada como el inicio de una resurrección general, dio comienzo al cristianismo. Esto sucedió, según Crossan, en el medio siglo que sigue a la ejecución de Jesucristo, por la tarea que sus partidarios prolongan respecto al trabajo del Mesías en vida. Ciertamente, el muerto no era cualquiera, como todos los humanos. Era y es único: un hombre en el cual se encarnó Dios durante treinta y tres años.

Crossan, partidario de la índole histórica de Cristo, campesino judío de talante revolucionario, revive la dualidad formulada en el siglo XIX por Ernest Renan: la diferencia entre Cristo y San Pablo. La tesis de Crossan señala que Pablo de Tarso no fue importante para la Iglesia hasta el siglo XVI, con el auge del neoplatonismo italiano del Renacimiento. En rigor, más que cristiano, Pablo es un platónico en el que hacen crisis los choques entre judaísmo y helenismo. Se impone la teoría dualista de la división entre el alma y el cuerpo, aunque sin el desprecio por lo corporal inherente, por ejemplo, a los gnósticos. El dualismo platónico es, finalmente, para Crossan –que sigue de cerca de Daniel Boyarin, el de *Israel carnal*– deshumanizador, pues separa al hombre de su índole existencial: su cuerpo, su raza, su género sexual, su clase social. El paulismo es rabínico y nada tiene que ver con Cristo, San Juan Evangelista y las tradiciones esenias y fariseas. Ahora, dotado de cuerpo espiritual e inmortal, Jesús sigue habitando visionariamente el tiempo de la historia humana, como denuncia insistente de los males del mundo.

Aparte de esta sabrosa tesis, Crossan examina una cuantiosa cosecha de informaciones y fuentes, en especial judías y romanas, porque en su primer siglo, el cristianismo se le aparece como una secta judaica considerada duramente por los dominantes imperiales de Roma: una superstición depravada, excesiva, contagiosa, execrable, novedosa y dañina. Ahí queda eso, ahí en esa Roma destinada a devenir la capital del cristianismo, acatada o protestada, obedecida o escindida, pero capital en cualquier caso.

La terapia del deseo. Teoría y práctica de la ética helenística, *Martha C. Nussbaum. Traducción de Miguel Candel. Paidós, Barcelona, 2003, 670 páginas.*

Examinando a los epicúreos, estoicos y escépticos de la helenísti-

ca, la autora traza un perfil filosófico de ellos a través de una disciplina práctica y compasiva, un medio para afrontar los aspectos más penosos de la vida, una suerte de medicina del alma. Los helenistas fueron ilustrados antes de tiempo, pues admitieron la razón como el instrumento filosófico para alcanzar la madurez y la libertad.

Tomando a Aristóteles como referencia y eludiendo tratar de los aristotélicos tardíos y los eclécticos, Nussbaum se centra en las tres escuelas mencionadas, que coinciden en algunos asuntos cardinales: la crítica de su sociedad, la desconfianza de las pasiones (en especial, la cólera), la denuncia de la injusticia y la indiferencia ante ella, la búsqueda de las condiciones necesarias para la buena vida en común, la Cosmópolis, la sociedad depurada de sus vicios. Universalista, la helenística excede el pensamiento localista de los romanos y se proyecta sobre lo político. No hay individuo sano en una sociedad enferma. En la curación del alma individual se basa la sanación social.

Nussbaum es prolija en el recorrido de las fuentes y su comentario. A menudo, excesivamente minuciosa. Ello no impide advertir la utilidad de sus investigaciones, porque rastrean en la memoria filosófica de Occidente las raíces de instituciones que hoy pertenecen a la contemporaneidad: los derechos humanos, la igualdad de trato entre los sexos, la idea de ciudadanía, la tolerancia étnica y religiosa. Una vez más, ahora con el ejemplo helenístico a la vista, se comprueba que las épocas convencionalmente consideradas como decadentes pueden estar bien provistas de anticipaciones fecundas.

Autobiografía, *G.K. Chesterton. Traducción de Olivia de Miguel. El Acantilado, Barcelona, 2003, 392 páginas.*

Pocos hombres son capaces, como Chesterton, de ensalzar la infancia como la única época verdaderamente verdadera y felizmente feliz de su vida, hasta el punto de ponerla como ejemplo de la conducta humana. Lo hace para acreditar la normalidad de esa misma vida, desprovista de monstruosidades y patetismos, elementos a veces indispensables en la formación de la subjetividad artística.

Con minucia y convicción, Chesterton examina sus orígenes y cuenta su paso por diversas creencias: liberalismo, socialismo, catolicismo. Cuando advirtió que el capitalismo y el comunismo compartían una misma ética, se hizo católico, con todas las de la ley, católico supersticioso, milagrero y anticuado, como a sí mismo podría calificarse con un orgullo abatido por

la más cristiana de las virtudes: la humildad, el estar a ras del suelo, como el humus que le da nombre.

Por este relato de vida pasan circunstancias personales, aunque no confesiones. Chesterton se ve inserto en una época y una sociedad, como parte de la historia. Para acreditarlo, nos ofrece incontables observaciones sobre la Inglaterra victoriana, la Europa de la preguerra del 14 y la posguerra del 18, la vida literaria de aquellas fechas, para lo cual abunda en sus dos mejores dotes de escritor: el epigrama irónico y el retrato epigramático, igualmente basado en las potencias de la ironía, o sea de la lógica de las contradicciones que hacen a la vida.

El libro es sincero y acaba pareciendo veraz. La amenidad del relato y la frecuencia de los adagios para memorizar y citar, hacen apetitosa una lectura que, en otras manos, nos mostraría un mundo infranqueable para quien no fuera inglés o especialista en el mundo letrado británico. Este hombre normalizado que, no obstante, siempre se sitúa en los marcos y los límites, este ortodoxo capaz de ironizar a cada paso, este creyente que elude predicar la verdad de su dogma, es un buen caso de tolerancia intelectual y de eso que alguna vez se denominó ética social: hacer lo bueno porque es correcto y bueno para los demás por ser, justamente, correcto.

Beatas y endemoniadas. Mujeres heterodoxas ante la Inquisición. Siglos XVI a XIX, *Adelina Sarrión. Alianza, Madrid, 2003, 403 páginas.*

La autora, que investiga en la Universidad Autónoma de Madrid, ha definido el tema del libro observando que la mayor parte de los procesados por la Inquisición eran procesadas. Para documentarse, se concentró en los archivos inquisitoriales de Cuenca e hizo un recuento que clasificó en tipologías.

Los cargos más frecuentes son los de hechicería y embrujo, que provienen de influencias diabólicas. El Demonio inficiona, especialmente, dudas que enflaquecen la ortodoxia, pero también produce revueltas violentas y blasfemas, elocuencia perversa y hasta don de lenguas, impropio de una mujer.

Visiones engañosas, falsos prodigios, alucinaciones monstruosas, son otros tantos capítulos de la estrategia diabólica, que tiene su obra maestra en un caso de transustanciación, en el cual una mujer dice haber incorporado a Cristo redivivo en carne y hueso, con lo que consigue que frailes y curas hagan el amor con ella como si fuera Él, hasta tratarla/Lo en masculino.

Por tratarse de mujeres, lo místico mezclado con lo sexual se da frecuentemente y el anecdotario ameniza la lectura, sobre todo si el lector es profano. Aparte de la casuística,

Sarrión hace consideraciones generales sobre el carácter de sometimiento femenino al varón, la necesidad de una religión de Estado en la España de los siglos XVI a XVIII y el control de la intimidad y el lenguaje como lugares privilegiados de la heterodoxia y la herejía. Todo ello ha sido tratado en plan investigativo, es decir con solidez y buen orden documental, a fin de que nada de lo sostenido apareciese como supuesto o gratuito.

Historia intelectual del Occidente medieval, *Jacques Paul. Traducción de Dolores Mascarell. Alianza, Madrid, 2003, 622 páginas.*

Con afán de compendio didáctico, el autor traza una excelente síntesis de la materia, ordenada en su exposición y diáfana en su vocabulario. Su presupuesto es muy sencillo y clásico: se trata de ver cómo la Edad Media recupera la perdida conexión del mundo occidental con la cultura contenida en las letras grecolatinas. Al desarrollar el supuesto de modo casuístico, se encuentra con complejidades como que desde siempre han existido interpenetraciones entre el cristianismo y la Antigüedad pagana, que dio lugar a reafirmaciones de la fe cristiana lo mismo que a condignas audacias de pensamiento para emparejar lo desparejo. En general, se advierte que la Edad Media marcha decididamente hacia la modernidad, que cuaja en sus últimos dos siglos: laicismo, independencia del poder temporal respecto al eclesial, internalización de las devociones religiosas, nacimiento de la incertidumbre acerca de la consistencia del mundo.

El asunto es muy profuso de contenido, porque se deben examinar tendencias filosóficas, personalidades, instituciones, realidades políticas y demográficas, disputas y persecuciones, cambios tecnológicos y lingüísticos, guerras y contactos entre culturas. El equilibrio de partes está conseguido y la lectura fluye gracias a la capacidad sintética y la alternancia de la erudición con la propedéutica.

El drama del lenguaje, *Antonio Domínguez Rey. Verbum y Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 2003, 340 páginas.*

¿Por qué es dramático algo tan cotidiano, en apariencia, como el lenguaje? ¿Es acaso el drama un elemento indispensable al pensamiento? Estas dos preguntas, informuladas pero presentes hasta la obsesión en el texto de Domínguez Rey, alcanzan su plena explicación a lo largo de su desarrollo. El ser humano se caracteriza por tener len-

guaje, una facultad natural que, al revés de las facultades igualmente naturales de los otros seres vivos, se establece a partir de la interlocución, la escucha, la interpelación, el diálogo, la disputa por medio de signos.

Esta socialidad nativa del lenguaje tiene, empero, una limitación insuperable: el signo transporta significados pero no puede transmitir la vivencia de sentido de quien lo emite ni de quien lo recibe. Hay un poso o resto oscuro en el lenguaje que entra en conflicto con su cordialidad original y en ello consiste su aspecto dramático. El autor lo examina a través de diversas entonaciones filosóficas: resto anónimo y atemático en Husserl, pérdida irrecuperable en Nietzsche y Lévinas, la fluctuación dicente en Jaspers, la irreductible *parole* ante la *langue* en Saussure, sonido oscuro y femenino frente a claridad de sentido masculino en Bulgakov, ser que se enuncia anunciándose en público, como en Heidegger y Ortega. Y suma y sigue, incluyendo a Amor Ruibal, un pensador traspapelado a cuya recuperación ha contribuido decididamente Domínguez Rey.

Con lenguaje técnico y preciso, el autor muestra que, a favor y a pesar de su enorme información, es poeta cuando se tercia serlo. No abunda la pareja en su profesión, por lo que cabe agradecerle tal encuentro.

La poética de la ironía, *Pierre Schoentjes. Traducción de Dolores Mascarell. Cátedra, Madrid, 2003, 284 páginas.*

A pesar de su mala prensa, su fama de burla y levedad, la ironía es una de las cosas más serias de este mundo, tanto que Sócrates la consideraba y utilizaba constantemente para enseñar su disciplina, que consistía en saber sólo que se ignoraba todo lo demás.

Partiendo de estos supuestos, el autor examina un caudal de fuentes, deteniéndose especialmente en los clásicos griegos y latinos, los románticos alemanes y franceses, para desaguar en formas contemporáneas de la ironía (Anatole France, Hugo von Hofmannsthal, Thomas Mann, Alexander Blok) y en intentos posmodernos (Candance Lang, Linda Hutcheon). Paralelamente, recorre la lista de los medios de que se vale el discurso irónico y las fronteras con categorías cercanas y disímiles: sarcasmo, burla, parodia, sátira, comicidad, cinismo, pastiche, humor, etc.

Con buena economía organizativa y didáctica elocución Schoentjes pone el estado de la cuestión como algo intemporal e insistente, a la vez que renovado por la curiosidad histórica en torno de esa facultad del lenguaje que crea conocimiento a partir de la disidencia entre lo que se dice y lo que se va diciendo.

Después de la cristiandad. Por un cristianismo no religioso, *Gianni Vattimo. Traducción de Carmen Revilla. Paidós, Barcelona, 2004, 172 páginas.*

Una curiosa parábola traza Vattimo al «creer que cree» en Dios, partiendo de la falta de fundamento del mundo posmoderno y de dos pensadores a menudo tomados como emblemas del ateísmo contemporáneo: Nietzsche y Heidegger. La nietzscheana muerte de Dios es leída como la ausencia de un Dios metafísico, creador pero ajeno al mundo y garante de la objetividad del sentido. Vattimo lo sustituye por el Dios encarnado en Cristo, que hace de la redención una cuestión histórica, terrenal, como quería Joaquín del Fiore, otra invocación vattimiana.

El autor propone recuperar lo religioso que hay en todo ser humano y secularizarlo, dando lugar a un humanismo pluralista y tolerante, en el cual la religiosidad de cada sujeto sustituye a las iglesias organizadas. El destino del cristianismo es, precisamente, el ser secularizado y dar lugar a un universo humano que reemplace al siervo del Señor por el amigo de Cristo.

La propuesta de Vattimo es ambiciosa. Puede entenderse como una nueva Reforma que, en lugar de escindir, reunifique los diversos cristianismos, evadiéndose de los dogmas y las autoridades institucionales. También puede percibirse como la enésima descripción del hombre en tanto animal religioso, que quiere religarse con su creador, esta vez en este mundo, en el tiempo de la historia y en la inevitable asociación con sus semejantes.

Las variedades de la religión hoy, *Charles Taylor. Traducción de Ramón Vilá Vernis. Paidós, Barcelona, 2004, 126 páginas.*

A casi cien años de las conferencias de William James *Las variedades de la experiencia religiosa*, el profesor Taylor, de la universidad Mac Gill, actualiza el texto y lo compara con los estudios del sociólogo francés Émile Durkheim, acerca de las formas comunes a las distintas instituciones religiosas conocidas en diversas culturas y épocas.

James observó –y de ahí la actualidad de su punto de vista– que la religión se había convertido en nuestras sociedades, en una actitud, más que una actividad, personal, privada, íntima, sustraída a lo social, lo instituido, lo eclesial. Desde luego, al convertirse en conducta y en discurso, alcanzaba y alcanza un ámbito colectivo, por lo cual interesa al sociólogo tanto como al filósofo.

Taylor corrige algunos aspectos del ensayo jamesiano. Por ejemplo: observa que hay una reacción fuerte en las sociedades más avanzadas, a

favor de una restauración de los cultos religiosos como señas de identidad nacional. Y luego, la consecuencia inevitable de toda convicción religiosa que, por personal y privada que sea, propende a mostrarse como verdadera y a persuadir a los demás de su veracidad, aunque más no sea por el ejemplo de una vida duramente sometida a las creencias profundas, que son las más fuertes.

Con lenguaje diáfano y buen orden expositivo, el autor nos sitúa en el meollo de la problemática religiosa de todos los tiempo, o sea la compatibilidad de las verdades creídas como absolutas y la diversidad de las convicciones humanas.

La ley individual y otros escritos, *Georg Simmel. Traducción de Anselmo San Juan. Introducción de Jordi Riba. Paidós, Barcelona, 2004, 136 páginas.*

Partiendo de Kant y de su imperativo categórico, Simmel se sigue preguntando acerca de quién es el sujeto de la norma que entendemos como ética, universal de necesidad. El modelo kantiano señala que somos todos, cualquiera y, en consecuencia, nadie. Pero entonces ¿cabe una ética que no lo sea de ninguno?

Las salidas apelan a la filosofía de la vida, que no puede escindirse de la razón, y de la existencia concreta de cada cual. La ética es el deber del sujeto, es decir el deber que nace de la convicción vivencial de cada individuo. Con ello podemos dar en el individualismo, que exalta cuanto nos distingue y ahoga toda semejanza.

La solución propuesta por Simmel se dirige a la herencia moderna, es decir a la triple invocación de la Revolución Francesa. Si bien la libertad, al privilegiar las individualidades, nos aleja de la igualdad, la fraternidad nos reconduce a ella. Y si la vida es unidad e impulso, el ideal que la orienta le da lucidez y hace posible que la existencia de cada quien sea, a la vez, la vida de todos, la convivencia social, una suerte de inestable armonía entre la vida y la norma.

Han pasado dos siglos desde Kant y uno desde Simmel. Sus propuestas siguen en pie, lo cual quiere decir que los problemas por ellos diseñados, no han encontrado solución. La historia continúa postergando sus decisiones esenciales, acaso porque no existen. Por ello hay filosofía y de la mejor, como en los casos aquí tratados.

Carmen de Burgos, Colombine. Contra el silencio, *Blanca Bravo Cela. Espasa-Calpe, Madrid, 2003, 254 páginas.*

La sociedad española del Novecientos no daba para que aparecie-

ran personajes como Colette, Vita Sackville West o Lou Andreas Salomé, pero ofreció ejemplos combativos, aunque modestos, como los de *Colombine* (1867-1932). Escritora de contados alcances, la mayor parte de cuya obra ha de consultarse hoy en bibliotecas, tuvo una vida privada y pública muy cercana a las luchas de las mujeres españolas por la igualdad jurídica y cultural.

Burgos atravesó una formación profesional difícil, un matrimonio desdichado, una maternidad apasionada hasta la sofocación de la hija, amores extramatrimoniales probados (Ramón Gómez de la Serna) o improbables (Vicente Blasco Ibáñez) en medio de una sociedad convulsa, machista y férreamente vigilada por la Iglesia.

Militante en organizaciones feministas (no obstante ser enemiga del feminismo en tanto sacaba a la mujer del hogar y la obligaba a trabajar como los varones), fundadora de una logia masónica de mujeres, articulista, traductora, novelista, viajera, cronista, reportera de la paz y la guerra, dejó una obra difusa y variopinta, que abarca desde las expediciones militares a Marruecos hasta la receta del cocido madrileño. Le costó escoger su lugar porque no quiso ser maruja, monja ni prostituta. Se lo inventó y lo hizo reconocer por una comunidad mayormente masculina como la letrada.

La biógrafa ha hecho un paciente y minucioso recorrido por la deriva anecdótica y la literatura de Burgos. Ha sorteado las dificultades de una documentación farragosa a la vez que insuficiente, con lo que su rigurosa imaginación hubo de llenar cuantiosos huecos. La simpatía por el personaje no le hizo perder distancias y objetividad, de modo que el texto cumple su cometido y resulta de alta utilidad para el lector que quiera no sólo averiguar la vida de una mujer muy especial sino también asomarse a una época crítica como pocas en la historia de España.

B.M.